

EVOLUCIÓN DE LAS CLASES SOCIALES

Rafael Ortiz Arango

Los orígenes, la conquista

En el principio era la selva. En ella, muchísimos animales de toda clase, de los cuales se servían los Indígenas para su alimentación hasta donde podían. Las tribus indígenas eran desproporcionadamente pocas para el enorme territorio. El mar que lamía las costas caribeñas solo traía en sus aguas algas y caracoles, hasta que un día funesto, verdaderamente nefasto para los indios, comenzaron a llegar las naos de los españoles, primero, luego las de todos los países colonialistas de entonces.

La primera ciudad que se fundó en América, en tierra firme, fue

San Sebastián de Urabá, en la costa oriental del Golfo de Urabá. De poca duración por haber sido destruida por los naturales. Pocos meses más tarde se fundó la ciudad –título que recibió después de la Corona Española– de Santa María La Antigua del Darién, en la zona occidental del Golfo de Urabá. Esta ciudad tuvo una duración de 14 años y desde ella se descubrieron gran parte de los territorios cercanos al Río Atrato...⁽¹⁾

Sus clases sociales en ese entonces, en pleno descubrimiento y principios de la colonia no podían ser más que el escalafón militar y las

mujeres españolas brillaban por su ausencia, de modo que los hijos que hubieran resultado de los españoles no tenían más origen que las indias a las cuales, muchos de ellas, regalaban o negociaban sus caciques con los hispanos, para agradecerles y aún para vincularlos por la sangre con la tribu.

Este patrón se convirtió casi en norma general durante los primeros cincuenta años de conquista, por cuanto que las mujeres que venían de España eran muy pocas y generalmente no eran de las costumbres que un hombre desea para la madre de sus hijos, portadores de su apellido. Por tanto, debemos concluir que durante esos primeros años la generalidad de los nacidos con apellido español son hijos tenidos por sus padres de madres indias.

Aunque las costumbres y leyes de hoy han variado mucho por no decir que son totalmente diferentes en cuanto a la estructuración de nuestras sociedades, cuya célula antiguamente era la familia bien organizada, la que hoy prácticamente ha entrado en vía de extinción y su substituta es la guardería donde van a parar los hijos de quienes se unen y desunen, y tales hijos sólo conocen a sus padres por referencia, así no estén separados, pues los padres usualmente salen a primera hora de la mañana y llegan a la casa mucho después de que los hijos se han dormido y las madres solo les son visibles a primera hora, antes de que los lleven a la guardería o al colegio, pues luego tienen que trabajar o hacer vida social, de modo que en familias medianamente avenidas los hijos sienten lo que antaño se llamaba calor familiar muy tibiamente al fin de la semana, cuando se vuelven un complemento obligado de sus diversiones por cierre de las guarderías. Como decía al principio, la estructuración social antigua estaba centrada en las funciones maternas en el hogar y creo que ha quedado claro que hoy, prácticamente ha desaparecido por sustracción de materia.

Ello daba identidad y carácter familiar a los hijos y se constituía en fundamento de las clases sociales para la interrelación humana del pueblo o la ciudad. Por ello era, indispensable para los antiguos, saber la familia de donde provenía la persona para tener conocimiento de cuánto se podía esperar de ésta y más si era que estaba en plan de integrarse al grupo familiar.

Podemos afirmar por todo lo anterior que todos los hijos de los españoles nacidos en la primera mitad del primer siglo de la conquista fueron mestizos con muy pocas excepciones.

Esto generó una clase social que prácticamente fue la continuidad de la clase social única que había entre los indios, ya que la condición social de la mujer luego de convertirse en compañera de los conquistadores seguía siendo sensiblemente igual a la de antes, como podemos ver en el comentario que le mereció a don Raúl Aguilar Rodas:

“El nacimiento de los hijos mestizos dio a las mujeres un nuevo status ante su propia gente, quizá de protección de ellos muchas veces, pues las mujeres eran casi esclavas, pero también les dio a los mestizos cuyos padres eran vencedores. Muchos de esos mestizos fueron notables capitanes, compañeros de sus padres en la conquista y fundación de ciudades”.

Así se fue conformando la sociedad forjada por los conquistadores. Algunos han pretendido que esta sociedad sufrió grandes variaciones luego de que comenzaron a llegar mujeres peninsulares, pero ello no fue un determinante muy notable para la variación de la sociedad, antes bien, es posible que lo haya empeorado, pues según todos los textos de historia que relatan el advenimiento de esas mujeres, las dividen en tres diferentes tipos de mujer. El primero era aquella que venía directamente de España acompañada de su esposo y los parientes de uno y otro cónyuge, que venían haciendo compañía en la comitiva. Éstas, generalmente se casaban con una persona de solvencia moral y económica o se regresaban a su patria, como ocurrió en muchos casos y si deseaban permanecer en América, buscaban una ciudad, como Tunja, por ejemplo, en la cual encontrarán gente de linaje, con la cual conformar una unión que les sirviera de honra y no que las rebajaran de su concepto del prestigio familiar. Caso típico fue la esposa de don Jorge Robledo, quien al morir su esposo se trasladó con la docena de damas que vinieron a acompañarla a Tunja.

El otro tipo de mujer y quizás el más abundante dentro de las inmigrantes, fue el de la buscona, con deudas hasta con la justicia y en general una mujer muy adecuada para convivir con los criminales que los españoles sacaron de las cárceles para hacer la conquista. Éstas se convirtieron en damas a pesar de sí mismas, pues quienes las remataron a la llegada de los barcos a Cartagena, sabían qué podían esperar de ellas.

Finalmente, el otro grupo lo constituían mujeres que no tenían un centavo ni posibilidades de progresar en su patria debido a la pobreza de su familia y a muchos otros factores que pudieran incidir en ese momento, dadas las condiciones sociales imperantes en la península. Éstas, generalmente, eran personas buenas, trabajadoras, honradas y hasta de buena familia y al llegar, solían venir recomendadas a amigos de sus padres y parientes, quienes las acogían caritativamente, las aconsejaban prudentemente para que al desposar no fueran a caer en manos de gente indeseable.

Paralelamente a estas mujeres, llegaron otras más, que a pesar de venir casadas, ser honorables y constituir familias bien organizadas, podemos decir que hubieran caído en problemas con la justicia pero no los tuvieron, gracias a la habilidad de sus esposos o amigos, para legalizar sus asuntos o prevenir sus dificultades. Se trata de las mujeres de sefarditas.

España, en 1492, cuando ya vieron los reyes que tenían dominada toda la península, gracias al desplazamiento definitivo de los árabes, resolvieron olvidarse de los inmensos favores que les habían otorgado los judíos durante la guerra de liberación, el prestigio que le habían aportado a la península en el campo de la cultura, prestigio respaldado por los inmensos logros aportados a toda Europa por ellos, desde la sinagoga de Toledo, logros que habían llevado las matemáticas, la filosofía y en general, todas las ramas de la ciencia de la época a reencontrarse consigo mismas para emprender el camino renacentista que aún hoy, no se ha detenido y ha llevado a lo que actualmente es la cultura nuestra en todos los órdenes. Repito, olvidándose, dispusieron que salieran en tiempo brevísimo, en circunstancias precarias todos los judíos que no se convirtieran al cristianismo, y aún a muchos que lo hicieron, también los expulsaron.

Una gran mayoría de estas familias vinieron a América comprando el pase con grandes cantidades de dinero al rey y para su mayor tranquilidad la inmensa mayoría cambiando sus apellidos familiares, aprovechando las leyes de conversión y bautismo obligatorias. Muchas de esas familias y de judíos solteros, lograron venir clandestinamente con apellidos portugueses, transportados como miembros de la tripulación de los barcos, tomados por el sistema de secuestro en los puertos o simplemente como un polizonte, embarcado en forma clandestina. Esto, naturalmente, con el consentimiento del capitán, quien a cambio recibía buenas su-

mas de dinero y los desembarcaba en una costa desierta, desde donde se incorporaban a algún poblado, donde argumentaban que eran náufragos y habían perdido todos sus documentos. Las autoridades que tenían conocimiento de qué se trataba, no perdían la oportunidad de ganar dinero y acogían como cierta su historia y les daban nuevos papeles, con los cuales se podían internar en el país. Las tierras pretendidas por este tipo de inmigrantes eran aquellas que se encontraban bastante aisladas de toda civilización y quizás las más famosas en esos tiempos eran las de la provincia de Antioquia.

Fue de esta manera como se dio inicio a nuestra sociedad actual, la cual debería pasar todavía por muchas vicisitudes para florecer y comenzar a tener la decadencia que hoy se ve, fenómeno que debemos considerar más coyuntural y mundial que solamente local.

La sociedad colonial

Una vez terminada no muy completamente la fase de la conquista española, el gobierno metropolitano consideró necesario establecer una escala de categorías políticas a fin de poder seleccionar los distintos mandatarios que deberían desarrollar la explotación y expoliación de las nuevas provincias. Se crearon las Capitanías Generales, a las cuales se las encargó de las comarcas que aún tenían problemas inherentes a la conquista. Luego venían las Gobernaciones, las cuales tenían que ocuparse de crear las bases de la administración y explotación. A éstas sucedían las Presidencias, entidades con un mayor formato administrativo y finalmente los Virreinos.

Todo esto se hacía de modo que el progreso de la colonia coincidiera con el nivel social y administrativo, y así fuera posible enviar mandatarios de mayores categorías sociales, según la sociedad cortesana, dentro de los nobles y demás parásitos que hacían antecámaras en las cortes, pensando rehacer su fortuna con las inagotables riquezas de América, lo que el vulgo, de manera muy gráfica, denominó “hacer la América” y un compositor de zarzuelas inmortalizó en la famosa de “Los Gavilanes”, nombre por demás ilustrativo.

Los comienzos de la sociedad colonial se encontraron con una realidad por demás precaria. Las viviendas solo eran simples bohíos de paja, casi

idénticos a los que podíamos ver en Santa Fe de Antioquia hace apenas ocho o diez años. Las familias tenían un modo de vivir que se constituía en una prolongación de la vida de los indígenas antes de la llegada de los españoles, pues si bien, las mujeres que tenían hijos con ellos gozaban de un status bastante notable en la tribu, para ellos las hispanas eran muy escasas, como lo hemos visto y las indígenas seguían atadas a sus familias por la inestabilidad en el lugar de quien era el padre de sus hijos, los cuales crecían junto con los demás niños de la tribu y sólo cuando tenían alguna edad mayor se les permitía viajar y acompañar a sus padres en calidad de pajes y ayudantes, recibiendo de éstos, sólo en contados casos, su reconocimiento y el de las autoridades peninsulares como mestizos. Un ejemplo muy interesante y diciente es el de Belalcázar, quien, de todos los hijos que tuvo por tierras amerindias, solo obtuvo el reconocimiento real para dos.

Una vez establecida la gobernación, comenzaron a llegar desde España mujeres de cierta categoría mezcladas con las que venían a aventurar, desde la conquista. Esto propició que el hombre español se viera obligado a comenzar a construir casas en alguna manera dignas de sus mujeres, quienes no estaban acostumbradas a vivir en bohíos y si no se encontraban bien instaladas, preferían ir a vivir a otra ciudad de la colonia o regresar a España. Además, el vestido tuvo una importancia notable, pues la diferencia de vestimenta de las indias y las de las españolas era realmente evidente y con el tiempo se volvió un factor de status. Ya, la simple falda y los collares se quedaron para quienes no tenían categoría, y además tenían calzados a la moda española o de cualquiera otra, lo importante era no andar descalzos. Esto claro, que llegaría la hora en que las circunstancias obligarían a que desaparecieran ciertas prendas como los zapatos, muebles de lujo y otros elementos, pues las condiciones económicas crearon distinciones mayores que las de la sangre noble.

Por tanto, las poblaciones del Nuevo Mundo comenzaron a parecerse a los villorrios más miserables de la metrópoli, salvo, naturalmente, aquellas donde se estableció gente con algún título nobiliario, que por razón de ello y de las costumbres adquiridas como tales, no se resignaban a las incomodidades y a la falta de estatura social que podía representar vivir inadecuadamente a su posición social frente a sus iguales e inferiores, caso de que llegaron a estos distantes lugares.

Esto, automáticamente, creó dos clases sociales: los españoles nobles y los demás, con el tiempo llegarían a ser todos, pues las circunstancias de las tierras americanas así lo impondrían.

Pese a la llegada de bastante más población inmigrante de España y de algunos otros países, con el visto bueno de la corona, América era demasiado grande para el número de quienes vinieron. Esto ocasionó el agrupamiento inicial en pequeños poblados de donde salían pequeñas expediciones colonizadoras, para establecer fincas y establecimientos agropecuarios abriendo selva. Así se fueron creando emporios pequeños de riqueza agrícola. Por otro lado salían grupos de mineros a buscar oro y donde lo encontraban allí se establecían. Ambos grupos se hundían en la selva y sólo pequeñas cintas de tierra pelada, que eran los caminos, por el constante paso de viajeros en uno y otro sentido, los unían con los centros medianamente poblados.

La soledad, el silencio, la inmensa majestad de la selva lenta pero segura, trabajaban en el ánimo del más esforzado y lo volvían un ser humano igual a cualquiera otro, por más predicamentos que tuviera para con los demás y terminaban todos hermanados sin distinción de rangos, con el solo común denominador de ser seres humanos, frente a algo muy grande, temible y difícil de enfrentar sin la solidaridad entre todos por partes iguales. La selva los unió con lazos igualadores, con olvido de títulos y distinciones sociales. Al regresar a los poblados, los caballeros que habían sido altaneros y soberbios, eran humildes y hermanados con los más miserables. Habían conocido el valor del ser humano. Entonces, quienes no los comprendían, decían que se habían corrompido, pero los menos y más inteligentes entendían, pues ellos también habían estado en las mismas circunstancias. El crisol de la selva.

Así fue como se estructuró la sociedad colonial y sus clases sociales. Don Mariano Ospina Rodríguez nos recoge en la vida de José Félix de Restrepo, datos muy interesantes sobre la forma como, para ese entonces, se vivía en Antioquia. Veamos las más pertinentes a nuestro estudio.

Cuando se trata del modo de vestir, nos dice:

“Caracterizaba la vida íntima de los habitantes de Antioquia, en 1760, el espíritu de igualdad entre los miembros de la misma raza. El padre,

labrador o minero, ignorante, tosco, descalzo y con los pantalones de mate del Socorro, remendados, no se juzgaba inferior al más rico y culto, y trataba con él, de igual a igual”.

“Con excepción de las personas adultas en las pocas familias ricas y sedentarias que habitaban en Medellín, Antioquia o Rionegro, hombres y mujeres de toda raza y categoría, andaban descalzos”

En la misma fuente encontramos datos sobre la comida diaria de la familia antioqueña:

“El maíz, el plátano, el fríjol, la yuca, la arracacha, la leche y la carne de cerdo, eran los elementos de la alimentación. La carne de buey era usada solamente por las personas ricas”.

Además de lo anterior nos trae un informe que resume perfectamente todo un sistema de vida impuesto por el medio geográfico: el aislamiento proporcionado por las montañas, la inmensa grandeza de nuestras tierras y la perfecta falta de personas en mayor número para los menesteres inherentes a la vida anímica del ser humano:

“En 1760 no había en Antioquia grandes capitales acumulados, pero sí riqueza notablemente sólida y creciente. La sencillez y regularidad de la vida, la ausencia de todo gasto de lujo, la estabilidad, el orden, la virtud de la cual no se veían esas emergencias que trastornan y arruinan los negocios, hacían muy común que las rentas de las familias superasen sus gastos, lo que facilitaba el capitalizar o atesorar. Pero, como cada matrimonio levantaba una familia numerosa, el caudal repartido hacía de los hijos del rico personas apenas acomodadas; crecía así la riqueza sin acumularse en pocas manos, y esta ventajosa distribución, que traía general comodidad, traía consigo el aumento rápido de la población”.

Después de estudiar y analizar estas descripciones, teniendo en cuenta los biotipos sociales que se conjugaron para producir esta mezcla humana, encontramos cosas muy interesantes que debemos considerar:

En el año de 1760, en el cual se recogieron los datos aportados a este estudio desde la obra del doctor Mariano Ospina Rodríguez, ya se había configurado un grupo social perfectamente definido, el que había sido sometido a un régimen de vida acorde con las circunstancias del medio ambiente. Este tipo había constituido como base de su común trato social

y humano, la igualdad en todas sus relaciones, a pesar de las diferencias de dinero, posición social o simplemente de distinción entre empleado público y trabajador particular.

“... Eran rarísimas las familias que reducidas a la última penuria, vivían de la caridad pública. El hombre rico que por cualquier accidente perdía su fortuna, no se creía desgraciado tomando la barreta o el hacha para procurar la subsistencia de su familia, trabajando las minas o en los campos; y las señoras, sin rebajar de punto en sus pretensiones de hidalguía, se ocupaban solícitas en los más humildes quehaceres domésticos: nadie se avergonzaba del trabajo. Las viejas y ruinosas preocupaciones españolas, que hacían del hidalgo un mendigo o un bandido, no habían podido subsistir en ellas. (2)

En ese mismo momento, Medellín estaba atravesando una de las situaciones más difíciles de su existencia, hasta el punto de que el Gobernador tuvo que pedir a la Real Audiencia el envío de un visitador, con la fortuna de que el enviado fue don Antonio Mon y Velarde, personaje de tal magnitud que la vida política y económica de Antioquia y en especial de Medellín, marca un quiebre total con su llegada, de modo que podemos decir antes o después de Mon y Velarde.

Cuando vino el Visitador, la ciudad y el departamento se encontraban en perfecta crisis social. La desmoralización cundía por todos los rumbos de Medellín debido a un fenómeno originado en el acaparamiento de tierras por los latifundistas. El vallezuelo del Aburrá se encontraba desde los nacimientos del río hasta lo que hoy conocemos como Barbosa, completamente parcelados en minifundio y cada una de esas unidades agrarias representaba una familia, con nietos y hasta bisnietos que no se podían casar, pues no había horizontes a donde viajar en busca de trabajo o de una parcela de selva para abrir, pues todo tenía un propietario en la capital del departamento o de la nación, que, como se dice vulgarmente “ni rajaba ni prestaba el hacha”. Todas esas tierras inútiles, en el más perfecto abandono y en Medellín, cientos o quizás miles de jóvenes haraganeando por las esquinas o los rincones de la población, corrompiéndose y degenerándose por falta de trabajo.

El Visitador comprendió la situación y dio la solución: Una reforma agraria. La primera y quizá la mejor de todas. Esto llevó al joven a buscar

horizontes, a crear nuevos pueblos y él, en la soledad de sus fundos, en medio del aislamiento de las montañas:

“... La provincia se hallaba separada del resto del Virreinato por montañas y selvas desiertas, que solo eran atravesadas por ásperas sendas; apenas practicadas por caballerías, y eso, difícilmente” (2)

Se fue acrisolando de manera casi inconsciente el sentido de familia numerosa, de costumbres esencialmente buenas y justas, de responsabilidad para con los demás, en el sentido cristiano de la caridad del buen samaritano. Algunos de los fundos, inicialmente familiares, posteriormente se convirtieron en pueblos en todo lo que fue la Gran Antioquia y desde allí revirtieron a la Capital, Medellín, magníficos hombres estructurados y modelados por las leyes inapelables de la vida selvática y las doctrinas cristianas. Ese fue el aporte que hizo la colonización antioqueña a la formación del grupo étnico, que prácticamente se constituyó en el grupo antioqueño conformador del primer siglo y algo más de la vida republicana.

La sociedad en la República

La conformación de lo que podemos llamar el patrón social antioqueño, continuó durante el siglo XIX con la profunda convivencia entre los esclavos y las familias de sus poseedores. En toda la vida de Antioquia, el trato de los esclavos y de los indios había sido prácticamente diferente al que se les daba en el resto del país. Las causas de ello hoy yacen en el pasado y el olvido, donde duermen los recuerdos y las motivaciones de muchas de nuestras acciones. Son prácticamente imposibles de investigar, pero el hecho subsistió en muchos documentos que en parte se encuentran recogidos en libros y otros documentos como éste:

“...Mon y Velarde señalaba con cierta sorpresa que los antioqueños no habían privado a los indígenas de privilegios y prerrogativas, como había sido costumbre en otras partes”.

“Es constante que han disfrutado en esa provincia de tierras fértiles y abundantes, que no han sido molestados, muchos años hace, con algún servicio personal (hace referencia a la práctica del impuesto de la mita); que no han tenido repartimiento en minas, obrajes, conducciones de

bastimentos ni otras pensiones que con cierta moderación permiten las leyes. Únicamente han pagado en especie de oro, mal y tarde sus tributos conforme con las tasas moderadas, según las mayores de sus establecimientos.

Mon y Velarde concluía que la situación de los indígenas en Antioquia se debía a la indiferencia de los españoles “pues no (era posible) atribuirse su decadencia a la opresión o excesivo trabajo”. (3)

Similar a lo anterior hemos encontrado en cartas de viajeros y relatos de viajes por estas tierras, donde el escándalo mayor lo constituía la fraternización de las familias blancas con los negros, mulatos y demás mestizos. Por ello, cuando la Ley 21 de 1851, dio la emancipación de la esclavitud a los negros colombianos en Antioquia, principalmente en Medellín, se puso de manifiesto una simbiosis tal, que los esclavos a quienes sus amos no les regalaron casas para que se independizaran, siguieron viviendo plácidamente con sus antiguos amos, hasta cuando éstos vieron la necesidad de que ellos tomaran vida independiente y entonces toda la sociedad hizo un fondo para construir casas, con destino a las familias de esclavos que aún no habían conseguido vivienda y permanecían en las antiguas residencias de sus amos. Estas casas estuvieron hasta hace poco, subsistiendo en la carrera 52 (Carabobo) entre las calles 56 (Zea) y 54 (Juanambú)

En una de estas casas murió nuestro gran poeta de la raza, Gregorio Gutiérrez González (4) recogido por su antiguo compañeros de juegos de niñez, que había nacido en la misma finca que él, cuando sus padres eran esclavos de la familia. Página negra para la alta sociedad de Medellín, si es que en algún momento la ha habido.

Por el camino de Gregorio Gutiérrez González nos hemos introducido en algo que no es propiamente una discriminación racial ni de clase, sino en la forma como la gente, que tenía unos medios de vivir un poco mejores que la demás población, hacía exigencias de calidades y condicionaba las relaciones amorosas de sus hijos e hijas. Todo personaje que se consideraba rico, de tal no tenía más que la manera de vivir, pues la vida por ese entonces era fácil, lenta y organizada, pero la persona acomodada tenía que vigilar que los hijos se casaran, al menos, con alguien, si era mujer, que la pudiera sostener y a la corta no tuviera el padre o los hermanos que recogerla además, con el marido y los hijos. Debido a esto, se elaboró

un complicado sistema que ya he reseñado en otra de estas tertulias, cuya única finalidad no buscaba más que el bienestar de todos los de la familia, incluida la persona que pretendía a la muchacha.

Esta especie de escogencia, lo mismo, cuando se trataba de un presunto marido o de una esposa, mirar sobre la familia de donde provenía, no era por asuntos de nobleza, o sangre, como se ha pretendido en algunos escritos, sino por las mismas condiciones que el buen ganadero mira el pedigree de un semental para el hato de su finca. La escogencia se centraba fundamentalmente en: buena conducta de él y sus familiares, honradez tipo antioqueño, laboriosidad infatigable y ánimo para emprender trabajos y tomar iniciativas. Ésta última no era muy exigida aunque si deseada, mientras las primeras no tuvieran nada que exigir.

Iniciación de la industrialización. Degeneración de la sociedad

A principios del siglo xx ocurrió en Colombia una guerra que ha sido considerada la más sangrienta, larga y depauperadora tenida por la nación antes de esa fecha. La parte más afectada por esa catástrofe, fue la de los departamentos de los Santanderes, precisamente la que en esos momentos era la que estaba más desarrollada y tenía mayores industrias. Antioquia resultó casi indemne, pero la guerra afectó la agricultura, la ganadería, la moneda y en general la vida económica, pero hubo una relativa paz en sus poblaciones y las pequeñas industrias que se habían establecido hasta esa fecha, cogieron impulso y crecieron. A su sombra se establecieron otras muy importantes y se creó una gran demanda laboral. Hubo después de la guerra una prosperidad debida más que nada a la capacidad del grupo empresarial, muy especialmente del formado en la benemérita escuela de Minas.

Las relaciones patronales con los obreros, quienes conformaban la naciente clase obrera, eran a imitación de aquellas a que se encontraban acostumbrados todos los hacendados ganaderos, cafeteros, cacaoteros, etc. El buen trato entre unos y otros, la misma camaradería en el trabajo y en los lugares comunes, como los comedores colectivos, las salas de juegos, etc. Una enfermedad de un miembro de la familia, de un trabajador o de uno de los patrones, ponía en movimiento a toda la comunidad a pres-

tar los servicios que fueran necesarios. Lamentablemente, esta situación en vez de evolucionar como ocurrió en Estados Unidos, donde inicialmente hubo una situación similar a causa del hombre que se hacía a sí mismo y tenía éxito, derivó a la forma como se trataba a los obreros en Europa, donde eran mirados desde el punto de vista de los nobles y los plebeyos. Todo por importación directa hecho por intermedio de los jovencitos que iban a estudiar o a especializarse en algún tipo de industria o tecnología.

Antiguamente, hasta los años treinta y principios de los cuarenta del Siglo XX, a los ejecutivos de las empresas era dable verlos en los cafés tertuliano con intelectuales, obreros y trabajadores sin desmerecer por ello. Pero se fue formando de un momento a otro conciencia de clases que sugería a quién había llegado a ciertos niveles de la organización empresarial, que aquello era rebajarse en su condición, perder autoridad y que era su obligación pertenecer a un club y sólo a él, pues si se le veía en un café, no se le podía ascender y menos aún darle mayores responsabilidades. Esto envenenó las relaciones obrero-patronales antes de llegar las luchas políticas. Por ello José María Villa, Gonzalo Mejía, los Restrepo Pailas, Efe Gómez y tantos otros son mirados como personajes míticos de Antioquia, el último de los cuales fue Calle Restrepo. Estos fueron grandes entre los grandes y humildes con los de abajo.

Pero al fin y al cabo no se rompía la continuidad en las relaciones sociales de antaño. El quiebre, y muy grave, vino durante los años treinta del Siglo XX. En esa década se conjugaron para Antioquia en especial, y Medellín en particular, grandes sucesos que los afectos a hacer ditirambos, califican de maravillosos, pero a la larga estamos viendo que de ellos surgieron: la crisis moral que estamos atravesando, la discriminación social a causa del dinero que se ha entronizado. El arribismo trepador en todos los órdenes: político, empresarial, social, etc. todo lo cual surge de medidas que se tomaron, en su mayor parte por agentes externos a Antioquia, pero que en su bondad e ingenuidad, nuestros patriarcas no llegaron a prever jamás sus consecuencias.

Con la apertura de carreteras que sirvieran para el comercio y transporte a ciudades como Cali, Quibdó y Cartagena, se abrió el acceso a costumbres totalmente diferentes a las ancestrales antioqueñas, provocando

con su presencia en nuestro medio, una confrontación en la que se perdieron las más sanas y ascendieron a norma social las más laxas y cómodas a cuanto quería la libido y la pereza mal disciplinada. De otro lado, los líderes del partido liberal, ganador de los comicios de 1930, se empeñaron en desplazar a la Iglesia Católica del control del obrerismo, que dicha institución venía manejando desde los años ochenta del Siglo XIX con la Encíclica *Rerum Novarum* en la mano, proponiendo como política nacional la lucha de clases, el frente popular y el enfrentamiento del obrero con el patrón.

Todo esto escindió nuestra sociedad. Llevó a extremos irreconciliables la separación de las clases sociales y podemos considerar como consecuencia de todo aquello, la lucha armada que ha venido padeciendo el país.

Durante los años treinta, en medio de la batahola en que se hallaba sumida la sociedad, surgió en Antioquia, precisamente en Medellín, una especie de escuela literaria, de la cual fueron preclaros exponentes: Sofía Ospina de Navarro, Emilio Franco, Efe Gómez y otros, todos los cuales procuraban por medio de su literatura, conservar y divulgar las buenas costumbres de nuestros ancestros. Sobresalió Emilio Franco, quien fue un precursor mundial de la radio novela social, con su obra "La Muñeca Moderna". En esta obra se luchó, inútilmente, contra el avasallante esnobismo que se estaba imponiendo para desmoralizar nuestra sociedad y sus costumbres, amén de que en ellas se podía apreciar perfectamente la organización de nuestras clases sociales sanas, inocentes, bondadosas y desprevenidamente curiosas de todo cuanto fuera llegando a la ciudad sin tener quien la orientara e instruyera.

Pero eso no fue todo. Faltaba lo más deprimente y desequilibrante. En 1936 el Congreso de Colombia, a iniciativa del señor Presidente de la Nación y bajo la responsabilidad directa de su ministro de Gobierno, el señor Darío Echandía, aprobó la famosa Ley 200 de ese año. Esto ocasionó el desarraigo de todos los aparceros del agro antioqueño. Ellos, naturalmente, no tenían trabajo en las fincas que les habían permitido tener sus parcelas. Muy pocos tenían pequeñas finquitas, lotes grandes la mayoría, donde a duras penas podían sacar un mal pasar familiar. Esto ocasionó que la inmensa mayoría, fueran a la capital: Medellín, en busca de

trabajo. Fue todo un alud de gente la que cayó sobre la ciudad. Prácticamente por cada par de brazos laborales representados por el jefe de la familia, habían llegado un mínimo de ocho personas más para alimentarse, vestirse y subvenir todas las necesidades de la vida normal. Es cierto que la industria antioqueña, es decir la de Medellín, se encontraba en expansión, como lo demuestran las estadísticas, pero desde todos los puntos de la geografía nacional y hasta del exterior, llegaban personas en las mismas condiciones de los aparceros desplazados, a buscar trabajo a causa de la crisis económica de los años treinta, la cual repercutió ampliamente hasta principios de los cuarenta.

La gente llegada de los campos se juntó a los inmigrantes de los otros departamentos y adquirió costumbres a las que no estaban acostumbrados los paisas y a esto se sumó la demagogia de la violencia oficial y la lucha de clases y todo se coaligó a crear un clima de odio, represalia, venganza y desenfreno en las nuevas generaciones forjadas en medio del hambre y la angustia del desarraigo. Por ello no es de extrañar la violenta explosión que sufrió la nación el 9 de abril de 1948. En ese momento, la misma virulencia del enfrentamiento partidista, sobre todo de carácter vengativo, impidió mirar serenamente las verdaderas causas de tan tremendo terremoto social y no se curaron las heridas sino que se siguió propiciando el agravamiento de la confrontación.

La sociedad había hecho crisis, pero no se había tratado el origen de ella. La prueba la tenemos hoy, cuarenta o cincuenta años más tarde, seguimos en la violencia, nuestras juventudes han degenerado en medio de los vicios, sin sentido cívico, moral ni de solidaridad social. La rapacidad es la norma general que tras el barniz de una educación más o menos mala, pero en general totalmente deficiente, donde los triunfos de unos cuantos sirven para ocultar la pobreza espiritual y de formación de los más, como la alfombra del caballo del gitano que sirve para ocultar la matadura que tiene ad portas de la muerte al pobre jamelgo.

Nuestras clases sociales hoy son totalmente indefinidas o tal vez su característica sea la indefinición que propicia el arribismo, resultado de la falta de formación estructurada del alma, del carácter y del profesional. Por ello hoy nos podemos equivocar al ver a alguien que parece un mendigo y realmente es alguien de valía y al ver a otro de presentación sofisticada

solo estamos viendo a un maniquí. Estos han pretendido que es la máxima expresión de la definición de clases con solidaridad social. Yo lo considero todo lo contrario. Son un amasijo de seres sin personalidad, oportunistas y avivatos a quienes les parece bien robar dignamente, matar sin que nadie se dé cuenta y enriquecerse como sea, con tal de que sus millones mal o suciamente adquiridos, le den lo que se ha dado en denominar “status social emergente”.

¿Pero, es eso lo que podemos decir que es una sociedad bien armoniosa, solidaria, cívica y sana? No. Es una sociedad como dicen: de marca.

Bibliografía

- (1) Raúl Aguilar Rodas
Nombres y apellidos
Origen, Historias, Usos y Costumbres
Editorial C. I. Panibérica Ltda.
Medellín, 2003
- (2) Obras Completas
José Félix de Restrepo
Ediciones Académicas
Rafael Montoya y Montoya
Editorial Bedout – 1961
- (3) Ann Twiman
Mineros, Comerciantes y Labradores
FAES – Biblioteca de Ciencias Sociales
Medellín, 1985
- (4) Se han hecho entrevistas con personas de todas las edades. Se han consultado periódicos y Revistas que cubren por lo menos ochenta años: El Tiempo, El Colombiano, El Correo, El Diario, El Siglo, La Defensa y revistas como Cromos, El Mundo al Día y numerosas publicaciones de ese período.